

MILANO: "ALMA GENTIL VOI SIETE"

En la Scala tuvo lugar la más esperada de las reposiciones del año donizettiano. Su gran LUCREZIA BORGIA no se representaba desde hacía 28 años. Tal vez fueron muchas las expectativas, tal vez en la primera hubo una serie de factores desgraciados (el más clamoroso fue el de Gelmetti sufriendo un desmayo apenas comenzada la obra y terminándola tras un largo paréntesis para - hasta la fecha en que escribo, cuando aún no han acabado todas las representaciones- quedar hospitalizado luego), o tal vez algunos nostálgicos de determinado estilo de canto se impusieron (en medio de gritos polémicos de "cretinos" y ataques de algún periódico a las "viudas"), pero no se trató precisamente de un éxito. Las cosas mejoraron a partir de las posteriores representaciones (vi la cuarta y la quinta), pese a que el maestro sustituto, Roberto Rizzi Brignoli, retuvo demasiado a la excelente orquesta (alguien gritó que no se trataba de un funeral) y a que hubo algunos desajustes en los concertantes (entradas de solistas y alguna del magnífico coro incluidas). El título de esta reseña es una de las maravillosas frases que canta el tenor en el prólogo, y como sucede muchas veces en Donizetti, sirve para definir al personaje que la dice y a su destinatario, pero por sobre todo nos pone en la pista de qué quería conseguir el autor y, tal vez, de su ser más íntimo. Y desde este punto de vista, es claro que su Lucrezia no es una mera asesina, sino una madre joven que se aferra a lo único que cree haber hecho bien en su vida. Y es una noble orgullosa. Criticar un enfoque "aristocrático", por reservado, del personaje, es un sinsentido, aparte de que el buen gusto nunca estuvo reñido con el bel canto. Probablemente no se trata del tipo de repertorio más adecuado para Renée Fleming (por momentos faltaba consistencia y densidad del timbre, demasiado frágil), pero todo lo que hizo fue no sólo de gran profesional, sino de excelente calidad, de una total honestidad con la música y técnicamente inobjetable. Como no soy de los que necesitan las presuntas emociones fuertes o la supuesta expresividad de golpes de glotis, registros desiguales o quebrados, graves de pecho o agudos gritados o con vibrato, no me importó cierta falta de fuerza en el gran dúo con Alfonso y en la escena final. Pero su aria de entrada reveló a la gran artista, con la dosis justa de filados y todas las agilidades en su sitio. Parte del público decidió que le gustaba más Darina Takova: una esclava más, parecida a las otras en todo, de timbre anodino, mucho volumen, un fiato ruidoso y defectuosísimo, trinos inexistentes y agilidades aproximativas y, cuando se descuidaba, algún grito destemplado. Hasta en la Scala se equivocan. De los tres tenores, vi a dos. Si Giuseppe Morino fue protestado por varios, se trató de algo excesivo. Su voz es fea y de poca calidad y abusa algo del falsete, pero sabe cantar Donizetti y respeta las alternancias de forte-piano. Claro que Giuseppe Sabbatini es un gran cantante con un material no precisamente prodigioso, pero un técnico y estilista consumado en la plenitud de sus medios.

Michele Pertusi realizó la hazaña de cantar él solo todas las funciones: una le salió espléndida, en la otra se notó más la voz no muy grande y la falta de peso en el grave, aparte de su actuación un tanto exagerada. Orsini fueron Sonia Ganassi, sobresaliente en canto y escena, y una muy prometedora Daniela Barcellona (aunque su voz tiende a perderse en los conjuntos).

(opposite) Lucrezia Borgia with Marcello Giordani and Darina Takova
(photo Courtesy A.Tamoni/Teatro alla Scala)

Claro que se trata de mezzos puras y no de contraltos, pero a estas alturas no vamos a ser pedigüenos... Los comprimarios entre lo discreto, lo excelente y lo inaceptable (Gubetta y Rustighello). La puesta de Hugo de Ana fue mucho más acertada que en otras oportunidades. El segundo acto fue simplemente ejemplar, con una sobresaliente marcación del brindis de Orsini. En el prólogo y el primer acto salieron a relucir a veces su horror al vacío (¿qué hacen esos molestos bailarines guerreros que ni siquiera cantan evolucionando en toda la gran escena de Alfonso? ¿Por qué la estatua patricia está ya en ruinas?) o algunos detalles dignos de un peplum hollywoodense en vestidos del coro o algunos detalles del edificio central en la escena en Venecia. Pero en conjunto, si no se trató de un gran espectáculo, no es justo irse al extremo opuesto. No hay muchos teatros, dentro y fuera de la península, que puedan permitirse unas diez representaciones de esta obra con dos elencos, aunque éste no sea siempre parejo o afortunado...